

ANTONIO R. ROMERA

ALGUNAS EXPOSICIONES

CON MOTIVO del Campeonato Mundial de Fútbol hubo una inusitada actividad artística. Exposiciones y certámenes folklóricos, concursos, representaciones teatrales, ferias de arte, etc.

Limitándonos a las exhibiciones de pintura y eligiendo en éstas las de mayor importancia, las que en verdad aportan algo nuevo, tenemos que señalar el envío hecho por México de casi cien obras pertenecientes a un período que comprende sesenta años, desde Roberto Montenegro y Diego Rivera hasta las promociones más jóvenes. Importante ha sido también la retrospectiva dedicada al pintor chileno Pedro Luna. Y, finalmente, la exposición que con el título de "Retratos de los siglos XVIII, XIX y XX" patrocinó la Dirección General de Turismo, entidad hasta ahora fantasmal.

Procedamos por orden.

En la exposición mexicana nos encontramos con los nombres más ilustres de lo que va corrido del siglo. Todo aquello que forma el prestigio de una pintura de resonancia universal tuvo en el mediocre marco elegido para la "muestra" su representación. Aparecían algunas reproducciones industriales o fotográficas (Orozco, Rivera), pero en el grupo había suficientes obras originales para que se contentaran los más exigentes. La verdad es que la gran mayoría de telas tenía este carácter.

Conviene poner de relieve ante todo la magnificencia del gesto de los mexicanos al mandarnos esta embajada artística. El Gobierno y el pueblo mexicanos son siempre generosos, fraternales, oportunos. Si estas iniciativas fueran seguidas por las de otros países, nos conoceríamos mejor y con el conocimiento vendría una intensificación de la amistad.

No es posible decir, en una brevísima nota, todo lo exigido por exposición tan nutrida y variada. El comentario ha de ser necesariamente superficial. Se tropieza además con otro grave inconveniente. Lo mejor de la pintura azteca del período comprendido en la exhibición ha sido vertido en los murales. Los murales no son transportables. Las reproducciones a tamaño natural que vinieron de los fragmentos de Rivera en el Palacio Nacional no son, a mi entender, de lo mejor, sobre todo en lo que concierne al colorido: agrio, sin unidad.

El conjunto produce cierta decepción. La calidad técnica es en general de un nivel bajo. Tomemos el caso de Raúl Anguiano. Su dibujo es correcto, pero el color, además de revelar cierto mal gusto, carece de transparencia, de liviandad. Es pesado y, por momento (*La Anunciación*, en especial el fondo) sobremanera tosco.

El estilo dominante en el envío está en la vertiente del realismo expresionista. Las obras de Goitía, Fermín Rojas, Moreno Capdevilla, Chávez Morado, tienen, dentro del realismo desenfrenado y sicológico a que todos ellos propenden, innegable fuerza plástica. Los paisajes del Dr. Atl, una de las

personalidades más interesantes y curiosas de la pintura azteca, llegan a revelar una misma voluntad de creación.

Rufino Tamayo pasa, con justicia, por ser el gran innovador. *Terror cósmico*, la única obra del maestro venida a Chile, pese a su gran valor expresivo, su fuerza gesticulante, el misterioso simbolismo logrado por medio de formas irritadas y angulosas y un colorido de tonos quebrados, no es suficiente para dar a cabalidad el hondo valor de una pintura que junto a la de Matta, Reverón, Torres García, Portinari y Pettorutti, marca lo más alto del continente.



En el Museo de Bellas Artes se exhibió un grupo de retratos pintados por artistas extranjeros en un lapso que comprende los tres últimos siglos. Los modelos son personalidades chilenas. Vienen, con alguna excepción, de las postrimerías de la Colonia, siendo el más remoto el *Retrato de don Fermín Francisco de Uztariz*, fechado en 1713. Lo más notable del conjunto está en la primera sala. Sólo por este grupo de retratos ha de agradecerse a los organizadores su iniciativa. La gracia ingenua y un poco rígida de tales efigies es, desde el punto de vista plástico, superior en muchos casos al naturalismo fotográfico de las obras de finales del siglo pasado y al virtuosismo de ciertos "pompiers", especialistas en el diestro manejo del pincel: Boldini, Lazlo, Sorolla, etc.

José Gil de Castro, llamado el *Mulato*, ¿debe ser considerado como chileno o es tan extranjero como lo pueda ser, por ejemplo, el francés Albert Besnard o el español Sorolla? La pregunta no es ociosa. Los organizadores de la interesante exposición se propusieron un programa: retratos de chilenos pintados por extranjeros. En las historias y ensayos sobre las artes figurativas nacionales suelen incluirse, aun sabiendo su situación, los nombres de Gil de Castro, Rugendas, Monvoisin y Cicarelli. A Fernando Alvarez de Sotomayor se le margina, pero se le asigna, al mismo tiempo, un papel muy importante, en cierto modo capital. De Sotomayor deriva la generación del 13. A su sombra se forman estos pintores y con el ejemplo de su estilo la pléyade desventurada adquiere un repertorio formal que condice con sus propios sentires. Grigoriev está muy relacionado con la pintura chilena.

Hay algunas joyas. De Monvoisin debe destacarse el *Retrato de don Mariano Egaña*. Es pieza finísima, de un tratamiento delicado y suave del volumen. Uno de los retratos, presentado como del maestro francés, es, al parecer, de otro artista y ha sido pintado según una fotografía del original perdido. De cualquier manera la tela posee un encanto especial, sobre todo por la atmósfera de misterioso romanticismo que de ella se desprende.

Los Rugendas no son de lo mejor del conjunto. El retrato múltiple con el paisaje de la laguna de Aculeo tiene muy bello color, pero el dibujo es en algunas partes de tal deficiencia que sospechamos la intervención de una mano extraña a la del artista.

Otro retrato familiar firmado por Boldini exhibe, además de un colorido carnavalesco y gusto deplorable, la más incongruente composición. El Chirico lo gana en mediocridad. ¿Qué digo? Es de una maldad pecaminosa y de la más hiriente desarmonía. ¿Qué oculta, qué oscura intención puso el artista italiano al trazar esta obra? Arnold Bierley, dentro de las convenciones del género, hace un retrato maestro y de madura experiencia. La obra

de A. Mac-Evoy, de ejecución suelta y sensibilidad moderna, en una armonía de amarillos y tonos dorados, ofrece sin duda los rasgos de pieza maestra. Al lado, el *Retrato de don Juan Antonio Ríos*, pintado por Anselmo Miguel Nieto, resulta en exceso acartonado y seco. El tiempo no le ha sido a éste muy favorable. Es retrato malo por escenográfico y huero. Las obras de Boris Grigoriev traen reminiscencias de los viejos íconos rusos. En la misma sala aparece la estampa poco feliz de Jean-Gabriel Domergue, pintor tan frívolo como convencional.

En la Sala Universitaria, exposición retrospectiva de Pedro Luna. El autor de *Suburbios de Roma bajo la luna* ha sido uno de los más fecundos pintores de la Generación de 1913. Se exhiben casi cien telas, lo que es considerable para una exposición individual. Pero Luna pintó mucho más. Hombre de temperamento extrovertido, dionisíaco y en cierto modo báquico, poseía una especie de fuerza interior que se vertía dadivosamente haciéndose realidad fecunda en las telas.

Fue Luna tal vez el primer pintor chileno que habló de Cézanne. El primero también en ver el mundo del trabajo y de los acentos proletarizantes como una posibilidad temática. Ello no quiere decir que Luna siguiera al maestro de Aix-en-Provence o que hiciera pintura tendenciosa o de contenido político. Fue un típico representante del 13 y como sus compañeros de generación cayó en lo entrañable y humano, en lo circunstancial, para darle categoría plástica.

De Cézanne tenía un cierto modo de poner el color por manchas tonales, es decir, por hacer sus superficies mediante unos toques fragmentados de tonos diversos. Empastaba con energía, llegando al relieve violento como una anticipación de la ahora llamada pintura de *texturas*.

El conjunto es muy variado y procede de coleccionistas privados que han mantenido un culto hacia el pintor.

En la familia del 13, plenamente entregada a las evocaciones y a las nostalgias (viejos muros coloniales, cementerios, jardines abandonados, escenas de interiores misteriosos), Pedro Luna, junto a Abelardo Bustamente, representa un anhelo de evasión de ese mundo cerrado y un poco angosto. La raíz de esto debe verse en el hecho de que Pedro Luna vivió largos años, mientras que sus compañeros del grupo desaparecieron prematuramente. Esta circunstancia luctuosa que persigue a la generación formada por Alvarez de Sotomayor, hasta el punto de ser llamada *la trágica*, impidió que muchos de sus componentes, extraordinariamente bien dotados, pudieran evolucionar.

Luna asistió a cambios, a mutaciones, a nuevos modos de entender y de sentir el arte. Vivió lo suficiente para contemplar las innovaciones nacidas en París y pasó junto al Grupo *Montparnasse*. Y aun cuando siguió con fiel entusiasmo las normas de su formación primera, no pudo oponerse, sensible como era, a las innovaciones. Aligeró el color, purificó los planos, dio de lado a las obsesivas preocupaciones de una temática vernacular que inclusive invadió su obra en época muy tardía y la incorporó a una tendencia más en consonancia con su tiempo. Los paisajes de Valparaíso y Viña en los años postreros deben ser considerados como las telas más depuradas de una vida dedicada con fervor y con maravillosa bonhomía al arte.

El Instituto de Extensión de Artes Plásticas hizo bien al rendir este homenaje al viejo maestro desaparecido.